

DC 145  
L3

---

## PROLOGO.

---

Lo mas interesante para el hombre es sin contradiccion la historia del hombre. Con su lectura hace interiormente mil reflexiones, fuente inagotable de goces y provecho; y se siente agradablemente halagado cuando reconoce en sí mismo el germen de las virtudes ó los talentos que en otro veregonados con tanto fausto. Espera adquirir igual gloria, participar de iguales afectos á los que mueven su alma con tal embeleso; espera tal vez superarlos y disfrutarlos aun mas gratos; y con semejante aumento de vida se cree personificado en el mismo héroe que está admirando. Esto saben sazonar al delicado paladar de la inteligencia los laboriosos investigadores que á fuerza de minuciosas observaciones y pesquisas han conseguido recopilar y facilitarnos esas preciosas colecciones de hechos que instantáneamente nos familiarizan con los personajes hácia los cuales sentimos mas simpatías. Los vemos, conocemos sus afectos internos, penetramos sus mas recónditos pensamientos y nos figuramos haber descubierto el secreto de su ingenio. Á la cabeza de los maestros del arte en este género, se hallan Plutarco, entre los antiguos, y Walkenaer en nuestra época.

Empero suscítase esta reflexion desconsoladora: ¿cómo es que entre tantos biógrafos haya tan pocos que se hayan ocu-

pado de mugeres? ¿Han creído acaso que por no estar suficientemente enlazadas con los grandes sucesos de la historia, nada ofrecieran que fuese digno de la magestad de sus pinceles? ¿Y, qué viene á ser en resúmen esa decantada historia, que tan alta importancia quiere darse y que tan desdenosa se muestra? ¿De qué se componen sus orgullosos anales? de algunas invasiones alternativas de territorios; de algunos cambios mas ó menos importantes en las formas de los gobiernos; de la desaparicion de algunos pueblos para hacer lugar á otros mas nuevos, cual se retiran las olas del mar de una playa para sumergir á otra; de luchas entre soberanos, cuyo honor suele quedar á favor del mas astuto ó cruel, y de algunos pérfidos tratados, engañosamente sonsacados para luego poderlos mejor infringir: en este círculo giran invariablemente los pueblos y potencias. Cuando nos figuramos haber logrado desenmarañar el intrincado laberinto de las tramas, con frecuencia vergonzosas, del mas famoso diplomático, y cuando hemos descubierto el oculto móvil de las pasiones ó tal vez de los caprichos de esos grandes hombres que martirizan al mundo, ó de esos héroes que lo revuelven, ¿qué fruto sacamos de ello? ¿Vale mas eso en sí con respecto á nosotros que las raras vicisitudes, los mil incidentes y juegos variados de la vida de las mugeres? ¿No ofrece un agradable estudio su ingenio peculiar, el natural que las caracteriza, el modo de pensar que las afecta y la esquisita finura y suma delicadeza que las distinguen? Ya que apesar de su natural debilidad, la muger protege nuestra vida, como si en un manto de felicidad y esperanza la envolviera, dediquémonos á conocerla, analizarla, seguir sus mas ligeras pisadas, observar sus mas leves movimientos é investigar hasta el punto mas diminuto de su existencia. No hace tanto ruido, pero interesa mucho mas; y segun el espíritu de la Escritura, obtendrá mas goces en el cielo un amor, una gracia ó una sonrisa de muger, que la invasion de un imperio, ó los ópimos despojos que se cuelgan en el Capitolio. ¿Porqué, pues, no hemos de recopilar y anotar los goces y las lágrimas femeniles, los acontecimientos tan sutiles y repetidos que tejen el destino de la muger, tan inmediato al del hombre, los rasgos distintivos, las deliciosas ins-

piraciones, que no le faltan á ella, y que le son peculiares? Es preciso confesar que hemos sido muy pródigos por lo que á nosotros toca, y que nos hemos pintado de todos modos, de frente y de perfil, en busto y de cuerpo entero, y sienpre con tal liberalidad que ya casi nada hay que decir en materia de elogios, panegíricos, biografías, memorias ó retratos; al paso que es por milagro y como por compasion si soltamos el mas leve monosílabo á favor de las celebridades del bello sexo, y aun es necesario que se trate de alguna reina ó princesa. Ya es tiempo de vengarle de este olvido denigrante; y ya hoy dia se ha dado principio á la obra. Aparecerán por fin á nuestra vista figuras de mugeres heróicas, figuras escogidas en el período mas inaudito de los anales de la Francia, y tal vez del mundo entero, cual es la Revolucion de 1789. La completa recopilacion que se ha hecho de las mas notables, toca felizmente casi todos los puntos principales del círculo revolucionario, de modo que al describir alternativamente la vida de cada una, se da de él una idea general.

¡Qué panorama tan admirable presenta este congreso de mugeres de la Revolucion! ¡Qué variedad de modales, de ideas y de trages ofrecen á la vista del observador! ¡qué abundante cosecha de episodios, de tipos y de contrastes puede hallar en ellas el artista! ¡Ved cuál las sobresalta el primer síntoma de libertad! ¡Cuál idolatran á Lafayette como á su Dios por haber corrido á defender la libertad del nuevo mundo! ¡Cuál se esfuerzan para tener parte activa en la grande obra de regeneracion que en su patria se prepara! ¡Cuál ansian aparecer ellas tambien en la maniobra del timon del estado é imprimirle con sus manos delicadas oscilacion y movimiento! Sin mas mandato que el que les sugiere la espontaneidad republicana en que se abrasan, instalan mil asambleas de deliberacion, discuten mociones de la mayor gravedad, que luego suelen hacer adoptar por la verdadera asamblea nacional, ó bien ellas por sí solas las erigen en leyes que se llevan á ejecución con mas energía que otra alguna de las mas severas. Tampoco se quedan atrás en instituir clubs legisladores: *sociedades de mugeres republicanas y revolucionarias, sociedades fraternales de ambos sexos, sociedades de amigos de la constitu-*

cion, etc. La célebre Olimpia de Gouges, que, sin saber leer ni escribir, se hizo autora y predicadora, organizó, conmovió y dominó aquellas reuniones, pudiendo apellidarse la *muger-club*. El que quiera ver radiar los destellos mas puros del alma que vivificó y caracterizó los varios períodos revolucionarios, no tiene mas que mirar la frente de las mugeres que en ellos han figurado, pues ellas son su espejo, su espíritu y su viva traduccion; pudiendo decirse que si conocíamos la Revolución por medio de los hombres, ahora vamos á verla bajo el punto de vista de las mugeres.

Abramos la vista al acaso: veamos quien es Theroigne, la fogosa Liejana. Cansada de una inaccion que la llena de insufrible bochorno; cansada de prostituirse á los visires de la corte, togados y rentistas, trasfórmase en hombre repentinamente, rompe los sofás, cojines y espejos de cortesana para blandir el sable del setembrista, recobrar entre los riesgos de la nueva libertad toda la libertad primitiva que le arrebatáran, y rechazar el baldon con que se ve amenazada. Siéntase en aquel banquete popular donde todos se hartan de revueltas é insurrecciones, donde los mejores platos son tronos destruidos y altares derribados. ¿Y dígase si no es la viva espresion, el reflejo de esa turba brutal que no ha mucho dormia sierva y envilecida, y se levanta furiosa y descabellada para pulverizar en sus robustas manos las fortalezas de los sátrapas insolentes? Cual Theroigne, esa turba se embebe en triunfos y libertad; cual ella, reprímela y exáltala la austeridad republicana, y finalmente cual ella azotada, aunque no sea mas que moralmente (recuérdese el injurioso y fulminante manifiesto del duque de Brunswick), vuélvese frenética en los dias de setiembre.

¿No veis brillar con esplendor divino, por entre las hermosas facciones de Carlota Corday, las de la Gironda, escuela medítabunda donde respiraban las teorías de la república de Platon? Como el cisne armonioso de los jardines de Academo que se espantaba con la ruidosa libertad que le quedó á su patria despues de espulsados los treinta tiranos, descarriados los girondinos en las melodiosas y suaves contemplaciones de su política, creían de veras poder gobernar con ella una

muchedumbre desenfrenada, y repugnaba á la mansedumbre de su alma emplear violencia y crueldad. El alma de Carlota se amoldó con la suya; su vida no fué mas que el éco de aquellas ideas; jamás doctrina alguna dejó impresiones mas admirables: ilumináronla, embalsamáronla, poetizáronla; y no habia mas que verla morir para prever cuál morirían sus gloriosos modelos.

Grave, sentenciosa y legisladora, elevóse madama Roland cual vistoso promontorio sobre un mar lleno de escollos, midió su profundidad, y creyó poder esparcir bastantes lumbres para evitarlos. Estableció dogmas, escribió, formó planes, conservando particularmente al parecer el espíritu y la inspiracion de aquella gran asamblea constituyente *con cuya existencia debia principiar la posteridad*, segun la feliz espresion de Bailly que restableció en el libro de la naturaleza, segun M. Pastoret, *las páginas que rasgára el despotismo*, y cuyas obras inmensas han dado márgen á los que esperaban sucederle para decir lo que Alejandro decia de Filipo: *No me dejarás nada para conquistar*.

Cual ella, abrigó madama Roland el gérmen de todos los principios, hasta del jacobinismo, pero purificados todos en la llama de una virtuosa abnegacion. Si su magestuosa fisonomía se oscurece algun tanto hácia el final, ¡con cuanta gracia y lozanía no vemos embellecida la aurora de sus primeros años! ¡Con qué gusto presencia uno sus juegos infantiles, sus agradables fruslerías, y descubre los secretillos de mozueta y los lindos pecadillos de aquella traviesa Manon que un dia habia de ser la célebre madama Roland!

¿Quereis saber cuáles son las mugeres que corresponden al partido de la Montaña? son las Rosa Lacombe, las Reina Audú, las Madre Duchesne, las Tricoteuses (calceteras), las Flagelleuses (disciplinantes), y también las Furias de guillotina. Todo esto tiene en la obra su artículo separado. Es la energia en accion y á veces lo grotesco y asqueroso interpolado con lo aéreo ó con angélicas naturalezas. Representaron perfectamente, segun Chaumette, *el Sinai francés de donde se desprendian por entre los relámpagos los decretos eternos de la justicia y voluntad del pueblo: monte inmóvil al choque de las agrupadas*.

*borrascas de la aristocracia; en cuyo seno hervia el amor del bien público; y volcan cuya abrasadora lava debia destruir para siempre la esperanza del malvado y calcinar los corazones que aun conservaban la idea del poder real. Esos escuadrones con cofia, cuya divisa debia haber sido: Furentes quid femina possint!* revoloteaban por la cueva de Eolo cual aquilones desencadenados para soplar dó quier la amenaza y la consternacion. Oiremos sus discursos, ó mejor sus gargantadas; veremos con toda desenvoltura sus fechorias, y nos parecerá que sentimos zumbar á nuestro oido sus graznidos. El espíritu de la Montaña no fué mas que el instinto brutal y malicioso de las masas regularizado y reducido á gobierno, ó, en otros términos, el martillo popular puesto en lugar de la ciencia y de las luces. Quiso probar si el órden vuelto al revés iria mejor, y si las clases toscas y despilfarradas, sustituidas á los pulidos magnates de la clase culta, sabrian tambien dar movimiento al estado é imponer la ley, aunque no fuese mas que por un momento, hasta que el universo hubiese tomado su marcha regular.

Toda revolucion se goza en sus triunfos y quiere tener sus regocijos; se exalta, se fanatiza y tiene sus profetas. En esta parte abundan las mugeres: tenemos doncellas adornadas de guirnaldas y vestidas de blanco, diosas de la Libertad, diosas de la Razon, profetisas, Sofía Momoro, las Maillard, las Aubry y Catalina Théot, que fue la sibila de Robespierre, cual la señorita Lenormand fué la de Bonaparte. Subid á sus místicas guardillas para asistir á sus mogigangas, entrad en los templos del nuevo culto y presenciad las inauditas saturnales que allí se celebran: todo podreis tocarlo con la mano, porque tendreis á la vista los autos y la historia reducida á hechos.

Para que nada falte á este vasto lienzo en que la Revolucion está pintada, tambien se vé en él la hermosa figura de la traviesa Lucila, que con ser una graciosa pilluela, su valor en el acto del suplicio puede servir de ejemplo á los mas grandes hombres.

Madama Cabarus produjo luego su encantadora hermosura en lo mas recio de la tormenta para acelerar la crisis de ter-

midor y la caida del jacobinismo. Aspasia es el pesar y la rabia de la Revolucion que huye, y Sofía Lapierre con la muger Lambert representan la reaccion moribunda y la postrer crispatura nerviosa que se esfuerza para volverla á agarrar.

En esta galería de las mugeres revolucionarias se ha observado la regla de no insertar sino las versiones mas acreditadas, procedentes de testigos oculares ó contemporáneos; pudiendo decirse que se halla uno transportado á la actualidad de entonces; siéntese conmovido, empujado, arrastrado, descuajado; mira, oye, se estremece, se exalta, y está arrobado de admiracion y asombro.

No hallaremos, pues, esas continuas ilusiones en que se pierde la razon tras los caprichos del poeta ó del historiador novelesco. Si, cual se ha dicho, solo fuese la historia una *fábula convencional*, no hay duda que fuera licito disfrazarla de todos modos y sujetarla á los antojos mas fantásticos; pero este dicho no es mas que una agudeza. La historia no puede llamarse tal sino cuando es la misma verdad; por esto debe tratarse en el tono grave y justo cual conviene á esta reina de todas las cosas, y solo debe recopilar los hechos y ser su fiel intérprete sin alterarlos ni adornarlos. El hecho mas verídico cuya narracion no tenga este requisito jamás se parecerá á la historia. Por mas que se diga, es muy difícil, por no decir imposible, hacer resaltar en esas mezclas adulteradas la parte de lo histórico, y escogitar lo verídico á primera vista de un modo certero. A la verdad, este arte es sin igual; el prometer que se nos conducirá á la historia por entre los caminos variados, placenteros y floridos de la novela, es un lazo muy astuto y una aňagaza seductora para arregostarnos. Pero llegados al término, no encontramos fruto alguno, y nos volvemos con las manos vacías y el entendimiento mas embaucado que satisfecho.

Para preparar las ideas al choque de una lectura tan borrascosa, era preciso recurrir á algun *exordio insinuator* en que de antemano se hiciese saborear su fruicion. Con este fin damos principio á la obra con una introduccion en que se ha continuado todo aquello que no podia ir en artículo separado,

y bosquejado la rápida y sucesiva estadística de los derechos de que han disfrutado hasta el presente las mugeres, discutiendo el origen, la naturaleza y la realidad de estos derechos y las infracciones que han padecido; y todo esto acompañado de una reseña sobre el aspecto general que presentaban las mugeres cuando apareció la Revolución.

## INTRODUCCION.

LA mayoría de las mugeres tomó parte espontánea y activa en la revolución de 89, ó bien vió pasar aquel grandioso cambio político sin que les ocurriera mezclarse en sus espantosas vicisitudes y sin ser arrastradas en sus inevitables tormentas? Al recorrer los varios narradores del magnífico parto de aquella epopeya popular, diríase que ninguna intervención tuvieron en ella las mugeres. Como si fuese dable que en Francia suceda algo sin ellas! No aparecen ni como actrices esenciales, ni como agentes secundarios ó indirectos. En una palabra, quedan casi enteramente borradas de aquel fecundo episodio, y si en algun punto se presentan, es cual accesorios accidentales ó cual víctimas heroicas y pasivas. No obstante, mucho distan de haber permanecido insensibles á las primeras emociones de libertad, ni sordas al llamamiento de emancipacion popular; distan mucho de haber sido las últimas en participar del abundoso botin de soberanía con que se sació el pueblo, ébrio de conquistas y rotos los lazos que le sujetáran.

Ya prestarán el oído á los acentos varoniles y republicanos del elocuente precursor de aquel drama grandioso; á la voz del filósofo ya reconquistáran la mas bella é interesante prerogativa de su sexo, la de criar á sus hijos, que fué para las mugeres una revolución y como una nueva era que debía